

## **“CARLITOS: UN CUERPO ROTO”. UN ANÁLISIS DESDE LA PSICOSOMÁTICA DE PIERA AULAGNIER**

**ENRIQUE OCTAVIO ARAGÓN BURGOS**

Doctorante en Investigación Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Maestro en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. México, Ciudad de México [enriqueagosto@yahoo.com.mx](mailto:enriqueagosto@yahoo.com.mx)

Recepción: 13 de mayo 2023/ Aceptación: 06 junio 2023

### **RESUMEN**

Se presenta el caso de “Carlitos”, niño de 11 años que desde pequeño presenta formas impulsivas y autodestructivas que lo ponen en riesgo de accidentes recurrentes. Se analiza el caso desde la perspectiva teórica de Piera Aulagnier, en la cual la constitución yoica del infans depende del manto hablado, “discurso” que la madre predica acerca de la relación que establece con el niño. En este caso, el traumatismo del encuentro entre el cuerpo del niño y el cuerpo de la madre, derivó de un cuerpo-placer a un cuerpo-sufrimiento; esto es, un cuerpo-enunciante que se transformó en un cuerpo-roto, a través del cual experimentó y tuvo la certeza de que, así, con los huesos rotos, existía para su madre, lo cuidaba y protegía, era la manera –tal vez la única– en la que lograba captar la mirada de su madre y aseguraba un lugar como sujeto, aunque sea con el “cuerpo-roto”.

**PALABRAS CLAVE:** cuerpo displacer, cuerpo placer, cuerpo-roto, pictograma, Piera Aulagnier, proceso primario, proceso secundario.

### **SUMMARY**

The case of "Carlitos" is presented, an 11-year-old boy who, since childhood, has impulsive and self-destructive ways that put him at risk of recurrent accidents. The case

is analyzed from the theoretical perspective of Piera Aulagnier, in which the ego constitution of the infant depends on the spoken cloak, "discourse" that the mother preaches about the relationship she establishes with the child. In this case, the trauma of the encounter between the body of the child and the body of the mother, derived from a body-pleasure to a body-suffering; that is, an enunciating-body that was transformed into a broken-body, through which he experienced and was certain that, thus, with broken bones, he existed for his mother, cared for and protected him, it was the way -such the only time – in which he managed to capture his mother's gaze and ensured a place as a subject, even if it was with a "broken-body"

**KEY WORDS:** displeasure body, pleasure body, broken-body, pictogram, Piera Aulagnier, primary process, secondary process.

## **RÉSUMÉ**

Le cas de "Carlitos" est présenté, un garçon de 11 ans qui, depuis l'enfance, a des manières impulsives et autodestructrices qui l'exposent à des risques d'accidents récurrents. Le cas est analysé du point de vue théorique de Piera Aulagnier, dans lequel la constitution du moi du nourrisson dépend du manteau parlé, "discours" que la mère prêche sur la relation qu'elle établit avec l'enfant. Dans ce cas, le traumatisme de la rencontre entre le corps de l'enfant et le corps de la mère, passe d'un corps-plaisir à un corps-souffrance ; c'est-à-dire un corps-énonciateur transformé en corps-fracturé, à travers lequel il expérimentait et était certain que, ainsi, avec des os brisés, il existait pour sa mère, le soignait et le protégeait, c'était la manière - telle la seule fois - où il a réussi à capter le regard de sa mère et s'est assuré une place en tant que sujet, même si c'était avec un "corps brisé"

**MOTS-CLÉS :** corps de plaisir, corps de déplaisir, corps-brisé, pictogramme, Piera Aulagnier, processus primaire, processus secondaire.

## INTRODUCCIÓN

Piera Aulagnier en 1986 [1], explica que desde su función y presencia, la madre modela, remodela, modifica, transforma, y el infans metaboliza lo heterogéneo, es decir, lo representa. La representación, el afecto, como parte de la pulsión e intrincados; el trabajo que se plantea el aparato psíquico, para que advenga un sujeto psíquico, le supone metabolizar, representar e investir. Las funciones sensoriales informan a la psique de su condición de fuentes de excitación y de placer o como fuentes de placer o de displacer. Desde esta perspectiva, el yo, que en un inicio no está constituido, sino que se irá constituyendo y adviene como resultado de los procesos relacionales, construye su historia a partir de las experiencias que la psique del infans toma como préstamo de la madre y de su ambiente, que, a través de la metabolización, constituye una actividad constante que inscribe en la psique. En tiempos primigenios, el placer, el sufrimiento y la realidad compartida surgen al unísono. En el nivel originario (pictográfico), la información sensorial es estimulada por el cuerpo materno. Se expresa así, la actividad sensorial del cuerpo, con el placer erógeno que la acompaña.

En relación a lo señalado por la autora, el acto de investidura es la única vía por la cual las funciones del cuerpo pueden ser erogeneizadas. Es precisamente durante este período de constitución del yo, en el que el éste yo incipiente, en su devenir desde la constitución de un "yo cuerpo" a un "yo-relacional", las identificaciones se van constituyendo.

Siguiendo a la teorización de Aulagnier [1], el nacimiento de la vida psíquica está asignado por el proceso originario y las representaciones pictográficas; la actividad del proceso originario, con sus ritmos y su periodicidad, es una creación que se repite y deja un "fondo representativo" que acompaña las vivencias y las experiencias del infans. La vivencia del infans promueve reacciones en el otro, pero esa vivencia sólo es tal, en función de lo que promueve el otro. El objeto existe psíquicamente por su poder de modificar la respuesta sensorial y de este modo actúa sobre la experiencia psíquica. Lo que se escribe (o pictografía) ha metabolizado un estado somático como

presentación de un afecto psíquico, conjuntamente experimentado y figurado como un autoengendrado.

En este momento de la historia del infans, su realidad individual se aprehende por la vía de una actividad sensorial que permite la selectividad. A su vez, también, es un puente entre la realidad psíquica y aquellos otros espacios del entorno de los que tomó sus experiencias, empezando por su propio espacio somático.

El cuerpo cumple la función de mediador y como puesta relacional entre dos psiques, la de el infans y la de la madre, así como entre la psique de éste y la del mundo...Para el bebé, la realidad coincide con la totalidad de los fenómenos cuya existencia constituye una evidencia (117-118) [1].

Para que la madre reconozca el cuerpo de su hijo, éste debe de ser investido por ella. Como lo menciona Aulagnier en 1986, "esta investidura la desencadena la experiencia afectiva lo que se logra a través de los sentidos. Los sentidos tienen el poder de afectar la psique lo cual le permitirá transformar una zona sensorial en una zona erógena" (118) [1]. Siguiendo esta línea, la autora señala que "la primera formulación de la realidad que el niño experimenta es gobernada por el deseo de los otros" (119) [1].

Aulagnier considera que el estado emotivo es parte de lo que se hace ver a la mirada del otro, a través de los signos de la participación somática que éstas vivencias comportan, puesto que el sufrimiento induce el proceso de identificación en el infans, lo que da lugar al "niño sufriente". Éste acontecimiento particular que se instalará en la historia –igualmente singular que el que se construye acerca de su cuerpo y la psique–, señala el transitar de un cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, asignando a las manifestaciones somáticas el rol de mensajero. E igualmente se precisa leer las respuestas corporales, que se instalan como modelo relacional de las expresiones del cuerpo, que conllevan a su vez a la somatización, siendo éste el resultado de las respuestas inadecuadas de la madre.

Las enfermedades del cuerpo psíquico continuarán sufriendo y harán que el yo mantenga con su cuerpo una relación que simplemente reproduzca lo que tuvo la madre con el cuerpo del niño o más exactamente, la que el niño le imputó en la historia que se ha construido (159) [1].

## **VIÑETA CLÍNICA**

Cuando conocí a Inés, madre de "Carlitos", describió a un niño que constantemente se accidentaba, muy inquieto y que le apasionaba hacer cosas de riesgo, lo que le había provocado varios accidentes, algunos serios. En aquel momento, ella se definía a sí misma, como una mamá que siempre ha estado pendiente de él y que le advertía que no haga cosas peligrosas, pero la realidad dista mucho de esta autodefinición, pues Carlitos sufrió varios serios accidentes. Como contrapartida, la atención de Inés había estado siempre concentrada en sus tres hijas: Montserrat, de 14 años, Karen, de 8, y Jocelyn, de 6. La madre expresó que cuando su hijo sufrió sus accidentes, ella lo acompañó a diario durante esos días de convalecencia. Por otra parte, la relación de Carlitos con sus hermanas no ha sido buena; en algunas ocasiones el niño decía "que odiaba a Jocelyn", su hermana menor, pues al parecer, cuando él tenía 5 años de edad, Carlitos se sintió abandonado por su madre, ya que estuvo en el hospital varios días con motivo del nacimiento de su hermana menor. Cuando su nueva hermanita llegó a casa con su madre, Carlitos no quería verles. Para Inés, él era muy egoísta, pues siempre que se accidentaba y, como consecuencia, tenía que dejar de atender a las demás hermanas para estar con él. En este marco, Aulagnier en 1986 nos lleva a considerar que "el discurso del sufrimiento somático que resuena y reaparece en su cuerpo en un conflicto relacional marca la vida psíquica del infans" (132-133) [1].

Antes de nacer "Carlitos", muere una hija a los cuatro meses de edad, el diagnóstico fue "muerte de cuna" (expresión con la que los pediatras señalan la muerte por causas desconocidas de un infante de menos de 12 meses de edad), a quien Inés había bautizado con el nombre de Carla. La bebé dormía sola desde los dos meses de nacida, ya que le molestaba mucho a su ex-marido sus llantos. Inés acostumbraba a

sus hijos, desde las primeras semanas de nacidos, a que durmieran solos, argumentando que así se acostumbran a dormir toda la noche y "no pedir brazos" todo el tiempo.

Cuando Inés volvió a quedar embarazada, tuvo muchas expectativas de tener de nuevo una "mujercita", de modo que al nacer "Carlitos", ella tuvo una gran desilusión, ya que fue varón. Su nacimiento pudo llenar un hueco en la familia; sin embargo, no del todo, pues Inés prefería mujeres, que, según pudo expresar, las consideraba "más dóciles". Para Inés no le fue posible conciliar la imagen de Carlitos, un cuerpo demasiado diferente, demasiado extraño, encontrándolo, como lo plantea Aulagnier en 1986 "como una resistencia o como una desmentida, fuente de un conflicto inmediato que le ha sido insuperable" (134) [1].

La incapacidad de Inés para hacer frente a la situación de tener que efectuar esa idealización fragmentaria que le permitiera preservar ciertos puntos de anclaje entre "Carlitos" y su representante psíquico, la colocó a frente a un trabajo de duelo referido a un bebé vivo. Como lo menciona Aulagnier en 1986 "en un sentido, es una experiencia que nos toca a todos muy de cerca, porque la vida nos la impone cuando un otro todavía investido rechaza nuestro amor (164) [1], llevándola a padecer un traumatismo del encuentro. A pesar de que Carlitos al nacer, se le impuso a su mirada, pero muy a su pesar, "fuera de la historia".

Inés sólo cuidaba a las hijas, de Carlitos se encargaron varias niñeras. La primera niñera, de nombre Blanca, originaria de un pueblo de Veracruz, donde el padre (ex-esposo) tenía su fábrica, trajo a una mujer de 29 años que tenía un bebé de tres meses, y como estaba amamantando, ella fungió como nodriza también, lo que duró tan sólo seis meses, después la despidió, pues él ya no quería que su madre lo cargara. Blanca era muy cariñosa con Carlitos, en especial cuando estaba muy enfermo, no se despegaba de él, por lo que sólo durante su convalecencia se dedicó a cuidarlo. Aulagnier nos lleva a pensar que, para Carlitos, Blanca "se constituyó como objeto psíquicamente por su poder de modificar la respuesta sensorial (y por lo tanto

somática) al prodigarle cuidados maternos y, por esta vía, actuó sobre la experiencia psíquica” (141) [1].

A Blanca la substituyó otra niñera de nombre Juana, que era del mismo pueblo, una jovencita de 19 años, que se encargó de Carlitos durante el siguiente año. Para ese entonces él tenía un año y medio, pero Juana también fue despedida por las mismas causas que Blanca, es decir, por “actuar como madre”, al encargarse de todas las necesidades afectivas y físicas de él. En una ocasión, Inés estalló en cólera y gritándole a Juana que sólo ella como madre lo podía cuidar si enfermaba. Luego la despidió. Desde la perspectiva de la autora, el sufrimiento del cuerpo Carlitos “indujo a la madre una respuesta hacia él que revelaba lo que su sufrimiento representa para ella” (156) [1].

Poco tiempo después, por fin un día, Inés encontró una niñera a la que la consideró perfecta para aquel momento. Se trataba de Martha, una mujer de más de 70 años, quien la obedecía en todo, pues sólo le daba de comer, lo cambiaba, lo bañaba, pero no lo cargaba ni interactuaba afectivamente con él, en lo más mínimo. Lo atendió hasta los cuatro años de edad, pues murió de cáncer. A partir de entonces, a Carlitos lo cuida la muchacha que hace el aseo de la casa de Inés, quien lo trata bien.

Cuando Carlitos tenía cuatro años, Manuel, su padre, abandonó a la familia a consecuencia de una relación con otra mujer con la tuvo un varón y dos mujeres. A partir de aquel entonces, su padre les mandaría dinero, pero Inés ha mencionado que ese apoyo económico era sólo para las niñas. Manuel, como padre y esposo, constantemente era devaluado y anulado por su esposa Inés.

La primera vez que vi a Carlitos entrar a mi consultorio, recuerdo que mantenía las manos en los bolsillos del pantalón; al inicio pedía permiso para todo, parecía esperar a que yo le indicase qué hacer. Era muy expresivo con el cuerpo, y en aquel momento, me llamó la atención su postura, aparentemente sin mucha energía. Desde un inicio se quedó mirando todos los juguetes, y me preguntó: “¿Por qué tiene tantos juguetes, son

de sus hijos?". A lo que yo le respondí que no eran de mis hijos, y que los tenía porque los niños como él que vienen conmigo al consultorio juegan con ellos. Aquel día, Carlitos se dirigió a los juguetes, tomó una pelota de foot ball, comenzó a botarla, luego la dejó; tomó un camión de plástico y se tiró en la alfombra a jugar imitando con vocalizaciones los ruidos de un motor. Se quedó por unos instantes jugando. Me dirigí a Carlitos y le pregunté si conocía la razón por la que estaba conmigo, a lo que me contestó que su madre le dijo que "yo le iba a quitar lo inquieto y desobediente".

Después de jugar unos minutos, tomó unas crayolas y se puso a dibujar en una pequeña mesa. En el dibujo que realizó en aquel momento pude apreciar las figuras poco claras de personas y no se distinguía si eran mujeres u hombres, adultos o niños. Al principio, las delineaba con cuidado, pero después las comenzó a colorear con mucha fuerza, tanto, que observé cómo rompió una parte de la hoja de papel, y a un lado de ésta parte de la hoja esbozó una figura aún menos clara.

Cuando me expresó que terminó de dibujar, y ante mi solicitud de que me platicara sobre su dibujo, Carlitos me indicó que dibujó a sus hermanas, a él y a su mamá. Cuando fue describiendo su dibujo me dijo con voz muy tímida "yo estoy aquí", mientras señalaba la parte rota de la hoja. Y volvió a señalar con un volumen casi imperceptible, "yo estoy aquí". Desde la lectura Aulagnier, podemos pensar que para Carlitos:

Está puesta en conexión señala el paso del cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, que permite a su psique asignar una función de mensajero a sus manifestaciones somáticas, e igualmente leer en las respuestas dadas a ese cuerpo mensajes que le estarían dirigidos (133) [1].

3 meses después de la primera entrevista, Carlitos llegó puntual a su décima segunda sesión. Lo noté relajado, y se dirigió de inmediato a los juguetes, tomando unos dinosaurios de plástico, me dijo: "Este dinosaurio (señalando al pequeño) le gusta brincar mucho, pero siempre se cae y se lastima. Cuando el dinosaurio grande se



entera, lo regaña y lo regaña, hasta que lo logra «controlar». Pero, si el dinosaurio pequeño está lastimado, entonces ella lo deja de regañar y se lo lleva para cuidarlo”, “éste es el papá” (señalando al otro dinosaurio pequeño); “estas tres son las hermanas y este grande es la mamá”. Con base a la teorización de Aulagnier, consideramos que, para Carlitos, antes que su mirada se encuentre con la de madre, en términos de la autora, “su psique se refleja en los signos de vida que emite su propio cuerpo. (yo-cuerpo)” (142) [1].

Preserva para su psique la última posibilidad de conservar el signo relación, y se instala en él la somatización como esquema relacional, a consecuencia de las respuestas inadecuadas de la madre ante este signo de la enfermedad..., que puede ser de sufrimiento (135) [1].

Para Carlitos esta manera de relacionarse con su madre, aunque bizarra e inadecuada, se vuelve la única forma de existencia y relación con ella.

En una sesión, seis meses después de la primera entrevista, Carlitos me dijo que sólo quería dibujar. Se acercó al librero; tomó las crayolas y las hojas blancas, y se sentó ante la mesa de trabajo. Francamente, lo noté muy distinto a otras ocasiones; observaba cómo dibujaba con mucha paciencia y se esforzaba por delinear lo mejor posible. Al terminar, se quedó un instante en silencio, muy pensativo. Luego, me pidió que guarde el dibujo y que nadie lo vea. Al observar luego el dibujo me percaté de que, en el primer plano, del lado izquierdo, se dejaba ver una mujer grande, embarazada, con letras casi como garabatos que salían de su boca, y otros garabatos dibujados con mucha fuerza. Aunque esta vez no rompió el papel como en su dibujo de la primera sesión, sí dividió la hoja en dos partes. En la segunda del lado derecho, se encontraba la misma mujer con un bebé en el piso junto a ella; a su vez, de la boca de ésta salían garabatos dibujados con mucha fuerza, tanto que ligeramente parecían rasgar el papel. Le pregunté a Carlos, quien no dejaba de mirarme como esperando “algo”. “¿Quieres hablar de tu dibujo?”, le pregunté. Y me contestó que sí, con voz muy apagada, como tratando de que nadie, ni yo, lo escuchara.

La relevancia del cuerpo en la teorización de Aulagnier, nos permite pensar que, el yo cuerpo de Carlitos es "ese cuerpo perdido proyectado al exterior de sí, puede, verse puesto en el lugar de aquel que hubiera exigido que se lo amputen" (339) [2].

Siguiendo esta línea, la autora explica que:

Hallar su cuerpo como posibilidad de sufrimiento, ello descubre que no puede existir, que no puede ser, si no logra reservar su catectización ese objeto-el cuerpo necesario para que él se torne visible, para que se imponga como existente Real a su propia mirada y a la mirada del otro (135-136) [3].

Con relación a éste último dibujo que realizó Carlitos, me dijo: "Ésta es mi mamá cuando estaba yo en su panza, ella me dijo, que yo le dolí mucho, y aquí estamos ella y yo juntos (señalando el lado izquierdo de hoja), pero a ella ya no le duele, yo soy el que duele, ya estoy afuera, ahora ya me puede cuidar" (mientras señala la parte izquierda del dibujo).

En este marco, el padecer del "cuerpo psíquico" de Carlitos, en el contexto del trabajo de Aulagnier nos lleva a considerar que continúa sufriendo y haciendo que su incipiente yo mantenga con su cuerpo una relación que simplemente reproduce lo que recibió de Inés, lo que él le imputó en la historia que se ha construido.

### **ALGUNAS REFLEXIONES FINALES (DISCUSIÓN)**

Como Carlitos nos ha mostrado a lo largo de su proceso de análisis, así como un cuerpo tiene su propia sombra, el cuerpo psíquico tiene su historia, que es su sombra hablada, que puede ser protectora o amenazante, benéfica o malvada.

Inés, le atribuyó el papel de un mercenario perseguidor, en un conflicto entre el yo materno y el propio cuerpo de Carlitos: que, parafraseando a la autora, considera que este cuerpo se vuelve entonces el objeto que por cercano que sea, Inés correría el riesgo de no poder investir. En ese sentido, pensando en términos de Aulagnier en 1979, la madre lo catectizó como "un cuerpo enfermo, un cuerpo que hay que cuidar,

que proteger, formulando su impulsividad como la causa de la enfermedad, poniéndola en el exterior del cuerpo" (140) [3].

El cuerpo de Carlitos se convirtió en el mediador en la construcción relacional entre la psique de su madre y la de él y el mundo. En este marco, Aulagnier en 1976 argumentaba: "Está puesta en conexión marcó el paso del cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, asignándole una función de mensajero a sus manifestaciones somáticas, e igualmente leer en las respuestas dadas a ese cuerpo mensajes que le estarían dirigidos" (133) [1].

El cuerpo de Carlitos fue investido por Inés, investidura que fue definida por las carencias afectivas y el sufrimiento en el encuentro entre ambos, transformando una zona sensorial en una zona erógena, una zona/cuerpo de dolor.

En otro orden de cosas, los accidentes de Carlitos, que son los representantes las enfermedades de su cuerpo psíquico, su alma, continuaron a lo largo del desarrollo de su mundo interpersonal. Así, fue sufriendo, haciendo que su sí-mismo mantuviera con su cuerpo una relación que repite lo que tuvo con su madre, es decir, la que él le imputó en su historia que se ha construido.

Con la muerte de Carla, su hermanita, a los cuatro meses de edad, y con el nacimiento de Carlitos, Inés no pudo conciliar la imagen de él con un cuerpo demasiado diferente, demasiado extraño para su mirada. Esta situación representó para Inés una desmentida frente a un conflicto inmediato e insuperable; en definitiva, la imposibilidad de efectuar la idealización, preservando ciertos aspectos de construcción asociativa entre Carlitos y su representante psíquico, imposibilidad que la llevó a un duelo de un infans vivo. La psique de Inés, enfrentó lo que Aulagnier llama, traumatismo del encuentro, pues Carlitos, en el encuentro en el que se impuso a su mirada, se ubicó fuera de su historia, rompiendo su continuidad y el advenimiento de su sí-mismo, de su yo. Al ocupar en la psique de Inés, su madre, el lugar de su hermana, invalidó su posibilidad de desarrollar una relación intrasubjetiva con la cual organizar las

construcciones de lo primario y secundario, ***instalándose la somatización desde lo originario como esquema relacional***. Todo ello, a consecuencia de las respuestas inadecuadas de la madre, convirtiéndose en una función auto-afirmante para él, porque el sufrimiento de su cuerpo lo llevó a elaborar un ***pictograma de dolor***, que provocaba, de una u otra manera, modificaciones en el comportamiento. Pues como lo señaló en varias ocasiones su madre: "que sólo ella, lo podía cuidar si enfermaba", de tal manera que el sufrimiento de ese cuerpo, se convirtió en una respuesta que retornó a él en forma de revelación sobre lo que representaba para Inés, su madre.

## **BIBLIOGRAFÍA**

[1] AULAGNIER, P. (1986), Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En: Hornstein, L. Cuerpo, Historia, interpretación. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1991.

[2] AULAGNIER P. (1986 b) La filiación persecutoria. En: Un intérprete en busca de sentido, p. 335-346. Ciudad de México: Siglo XXI, 1994.

[3] AULAGNIER P. (1979). Los destinos del placer. Buenos Aires: Paidós, 1994.